



LA PIANISTA
DEL
CAFE COLON

POR

José Angel dos Santos Lara

Carlotta

I

SUSPIRANDO, Mágina Aguirre tornó a inclinarse sobre la partitura y a dejar que sus manos acariciaran levemente el teclado.

César Videla, sentado frente a una mesita, contemplaba en silencio a la pianista.

Un mes había transcurrido desde que penetrara accidentalmente al café Colón, un mes durante el cual continuó concurrendo asiduamente, atraído por aquella desconocida de ojos claros y guedejas doradas que poseía el don de arrancar al piano expresiones humanas.

La orquesta calló sus acordes. Mágina, al retirarse, fijó por breves instantes su mirada en Videla.

César abandonó el café.

Ese día estaba dispuesto a abordar a la pianista. Desde que la conociera, desde que las miradas de ambos se confundieron, la chispa de una ilusión había brotado en él. ¡Quizás el embrión del amor comenzaba a desarrollarse!

¡Por qué le había gustado la pianista? ¡Qué era lo que lo atraía hacia ella? ¡Sería verdaderamente amor o sólo el deseo de una aventura fácil? Videla no lo sabía; no había querido